De la boina roja a la trinchera abertzale: el viaje antropológico del carlismo vasco

El País Vasco contemporáneo encierra una de las paradojas políticas más llamativas de Europa. Los valles y caseríos que en el siglo XIX combatieron por un pretendiente absolutista, por la unidad católica y por la defensa de los Fueros son hoy, en buena parte, el núcleo electoral de la izquierda independentista. ¿Cómo pudo el movimiento contrarrevolucionario más aguerrido de la España decimonónica acabar legando parte de su cultura política a la izquierda abertzale?

Para responder hay que mirar menos a las doctrinas, que son opuestas, y más a las actitudes, las redes comunitarias y las geografías. El carlismo vasco no murió con la derrota militar de 1876 ni con la abolición foral de ese mismo año: mutó, se secularizó y encontró nuevos cauces de expresión. Es, conviene advertirlo, una lectura interpretativa y no un consenso historiográfico; sus límites se discuten al final.

Dos herederos, no uno

Mientras el **Partido Nacionalista Vasco (PNV)** asumía la herencia institucional y el pragmatismo, la **izquierda abertzale** recogió, casi sin proponérselo, la mística combatiente, el comunitarismo y la psicología de resistencia del viejo carlismo.

El punto de partida es paradójico. El nacionalismo vasco surgió en buena medida del entorno carlista: Sabino Arana, fundador del PNV en 1895, procedía de una familia legitimista, y no pocos de sus primeros seguidores compartían ese origen. Sin embargo, **el PNV nunca ha reivindicado oficialmente el carlismo como antecedente**. Arana lo consideraba un error histórico: los vascos, sostenía, habían luchado en guerras dinásticas españolas por reyes que no eran suyos y habían sacrificado sus Fueros por una Corona ajena.

Por ello el PNV construyó un mito fundacional propio: la soberanía originaria de los territorios vascos, basada en la *Lagi-Zarra* (la «Ley Vieja»), desligada de todo pacto con monarcas hispanos. Con el tiempo se convirtió en un partido de orden, demócrata, católico pero moderno y de base burguesa, que cambió la guerrilla por el pactismo parlamentario y la gestión institucional.

Del púlpito a la patria

Si el PNV se quedó con las instituciones, ¿quién heredó el alma del carlismo rural? La respuesta pasa por la rápida secularización que vivió el País Vasco a mediados del siglo XX.

El carlismo vasco decimonónico era un movimiento hipercatólico, articulado en los pueblos por el bajo clero, que movilizaba a las masas desde el púlpito bajo el lema *«Dios, Patria y Rey»*. Con la industrialización y la pérdida de práctica religiosa de los años sesenta y setenta, ese fervor no desapareció, sino que se desplazó. No es casual que ETA naciera en 1959 en ambientes de raíz católica, con una presencia notable de seminaristas y sacerdotes en su órbita.

La izquierda abertzale ocupó buena parte del espacio simbólico que dejaba la Iglesia. Sustituyó la devoción religiosa por la sacralización de la patria (*Aberria*), la defensa casi litúrgica del euskera y una fuerte exigencia de pureza identitaria. La vieja frontera entre «buenos cristianos» y «liberales masones» encuentra su eco en la que separa a los «buenos vascos» de los «elementos ajenos» o «traidores» a la causa nacional. El dogmatismo cambió las sotanas por los manuales marxistas, pero conservó buena parte de su rigidez moral.

Mapas y bienes comunales

Existe una coincidencia notable entre el mapa de las guerras carlistas y el de los feudos de la izquierda independentista. El interior de Gipuzkoa, el norte de Navarra y las zonas rurales de Bizkaia, donde la guerrilla carlista de Tomás de Zumalacárregui puso en jaque al ejército liberal en la primera guerra, son hoy el corazón electoral de EH Bildu.

Esta continuidad responde, en parte, a un arraigo municipal y comunitario muy específico. El carlismo vasco defendió el régimen de **bienes comunales** (montes y pastos de propiedad vecinal), que protegía al pequeño campesino frente a las desamortizaciones y frente a la expansión del capitalismo liberal y de la burguesía urbana de Bilbao o San Sebastián. La izquierda abertzale ha reeditado ese talante mediante un fuerte municipalismo, una desconfianza histórica hacia las élites financieras y la defensa del territorio frente a grandes infraestructuras, como el tren de alta velocidad.

La figura del militante

Pero el paralelismo más profundo es, sin duda, antropológico: la figura del militante. La subcultura abertzale de finales del siglo XX y principios del XXI, con su voluntarismo, su sentido trágico del sacrificio, el culto a los caídos y una densa red social tejida en torno a las *herriko tabernak* (tabernas populares), recuerda con nitidez al mundo del *requeté* carlista. Ambos movimientos funcionaron como comunidades de resistencia cerradas sobre sí mismas, convencidas de librar una lucha desigual, casi numantina, contra un enemigo exterior mucho más poderoso: el Estado centralista.

Una herencia con rupturas y con puentes

La línea que va del carlismo a la izquierda abertzale no es recta. En 1936 buena parte del carlismo, sobre todo en Navarra, se alzó con sus requetés junto a Franco, mientras el PNV permanecía leal a la República; en 1937 el Decreto de Unificación absorbió a los carlistas en el partido único del régimen. Fue después, bajo el liderazgo de Carlos Hugo de Borbón-Parma, cuando el Partido Carlista dio un giro radical hacia el «socialismo autogestionario», el federalismo y el reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos.

Esa metamorfosis tuvo puentes políticos directos durante el tardofranquismo y la Transición. En los años setenta, sectores carlistas de izquierdas y los núcleos de la izquierda independentista coincidieron en movilizaciones y plataformas antifranquistas, sobre todo en Navarra, uniendo la vieja rebeldía foral con la nueva aspiración revolucionaria. El giro tuvo además un coste dramático: en Montejurra, en 1976, la violencia de la extrema derecha acabó con la vida de dos militantes carlistas.

Los límites de la analogía

Toda lectura de este tipo tiene fisuras. El carlismo fue plural y atravesó etapas contradictorias; Navarra, que conservó su régimen foral tras 1841, reparte hoy su herencia entre la izquierda abertzale y fuerzas conservadoras como UPN. La comparación, además, es sociológica y no equipara ni causas ni métodos: la violencia de ETA responde a factores propios, como la represión franquista y la radicalización de una época, que ningún paralelismo con el siglo XIX basta para explicar. Y la propia izquierda abertzale ha cambiado: tras el cese definitivo de la actividad armada en 2011 y la disolución de ETA en 2018, EH Bildu actúa como un partido plenamente institucional, con un perfil más socialdemócrata que revolucionario.

Conclusión

La historia contemporánea de Vasconia sugiere que las culturas políticas son más resistentes que las ideologías que las bautizan. El PNV aprendió la lección de la derrota carlista y eligió la vía del orden y la negociación pragmática, dando la espalda a los fantasmas del siglo XIX. La izquierda abertzale, que se presentó al mundo con las banderas de la vanguardia revolucionaria, terminó convirtiéndose en una de las herederas culturales más reconocibles del viejo estilo carlista: una comunidad aferrada a sus montañas y dispuesta a resistir frente al Estado, que cambió la boina roja por la estética del contrapoder sin perder del todo el impulso de resistencia.

JAVIER BATARRITA GAZTELU